

Jesús Urrea Fernández

“Bases del Academicismo del Siglo XVIII en pintura y escultura”

En esta ocasión, fue el Vicepresidente, Javier Torrico y Torrico, el anfitrión ya que el Presidente se encontraba en tierras andaluzas, cumpliendo compromisos propios de la responsabilidad que desempeña.

Juan Gómez y González de la Buelga realizó la presentación del conferenciante, doctorado en Arte por la Complutense de Madrid; profesor titular de Historia del Arte en la Universidad de Valladolid y Académico de Número de la RADE, Sección Arquitectura y Bellas Artes. También ocupó, entre otras muchas responsabilidades, la de jefe del departamento de pintura Italiana del Museo del Prado y más tarde, director del Museo Nacional de Escultura...

El profesor Urrea inició su conferencia comentando que el movimiento académico en el arte español “ha sido tratado ampliamente, tanto en el plano teórico como en el práctico”. Ejemplo del primero fueron los profesores Úbeda de los Cobos y Chocarro Bujanda; mientras, Claude Bedat y Tárraga Baldó, lo son del segundo. Además, habló de las Relaciones artísticas hispano romanas en el siglo XVIII, que trató en el marco y el ambiente en que comenzó a desarrollarse el academicismo, “con la marcha a Italia de sucesivas promociones de artistas en busca de una formación internacional y reglada con respecto a unos modelos o patrones”.

El profesor explicó cómo se produjo, en esos años, “un cambio de modelo formativo en los jóvenes interesados en la práctica de la pintura o de la escultura, al socaire de la presencia de artistas extranjeros en la corte del primer Borbón español. Los horizontes políticos de la nueva dinastía abrieron también la posibilidad de romper con la práctica de la enseñanza tradicional, dirigida y amparada por los gremios y puso en camino, hacia Roma o París, a quienes buscaban perfeccionar el método que comenzaba a implantarse en la corte española de la mano de artistas como Houasse u Olivieri”.

Otros factores influyentes fueron la continua presencia y gran actividad de numerosos pintores y escultores —Ranc, Van Loo, Procaccini, Giaquinto y Fremin, Thierry, Duman-



dre,— que fueron llamados para trabajar en las obras reales; así como la abundante adquisición de obras de arte. También contribuyeron a este academicismo, “la creación de cátedras de pintura, escultura y arquitectura, así como de perspectiva, anatomía y matemáticas, dotadas de un cuadro de profesores dirigidos por artistas extranjeros —Olivieri, Giaquinto— o formados fuera de España”. Urrea comentó un ejemplo muy significativo, el cambio que experimentó la enseñanza. Los aprendices pasaron a trabajar sobre temas de historia antigua, medieval o incluso moderna, “frente al tradicional repertorio religioso que había sido hasta entonces motivo casi único de reflexión estética”.

Además, aparecen la primeras becas. Una gran oportunidad para que los jóvenes que superaban las pruebas podían completar sus estudios en Roma o París y difundir luego lo aprendido.

Como resumen, todos estos factores logran el cambio: “El contacto con las obras de la antigüedad romana, el estudio de los modelos más famosos, el frecuentar las academias de San Lucas, Campidoglio y francesa en Roma; el profesorado al que se someten, la participación en concursos y el encargo de obras públicas, modelan el gusto, completan la formación y animan, al regresar a España, a desarrollar lo aprendido canónicamente”.

“Con las primeras becas los jóvenes podían completar sus estudios en Roma o París y regresar con nuevas ideas que luego compartían”.

